

**Juan Gutiérrez<sup>1</sup>**

## **El movimiento Estudiantil en la UNAM**

### **Testimonios**

---

#### *I. Preparen... apunten...*

No te voy a platicar cómo estuvo toda la sesión del Consejo Universitario ese día 11 para amanecer 12 de septiembre; nada más te voy a decir que como a las cuatro de la mañana del 12 salimos bien peinados el Neto, Pino y yo. Carlos, Toño, Imanol, Monroy y otros compas se aventaron toda la sesión de aprobación de las reformas. No bastó con que les dijeran a Carpizo y su séquito de incondicionales que su proceder era ilegal y antiestatutario, que estaban pasando por encima del artículo cuarenta y quién sabe qué que decía que les deberían haber mandado los papeles con quince días y no dos de anticipación. Resulta que el abogado más chido de la UNAM sacó su artículo calibre treinta y quién sabe qué que decía que no había bronca con esos trámites cuando un asunto era de "obvia resolución". De ese tamaño estuvieron las cosas.

Así, durante vacaciones, hasta yo junto a mis cuates voy y les digo que me hagan jefe nato de la Universidad: la bronca iba a ser cuando entrara a clases todo ese bolón de cabrones. Luego luego se hicieron dos Asambleas Universitarias para discutir ya no las reformas sino cómo pararlas. La primera fue el 27 de septiembre en el Aula Magna de la Facultad de Filosofía. Caímos a ella como quinientos compas, purititos grillos: estaban los del BIP, los de Punto, los de Vuelta a la Izquierda, los de Rompanfilas, los del PRT, los de En lucha, los de la Loma, los de Gobernación, los de la esquina, los de la barda, los dos de Convergencia, los de la OIR, los de la FER... en fin, un sinnúmero de grupúsculos que por primera vez en la historia posterior al 68 nos poníamos de acuerdo para algo. Recordemos que estábamos en vacaciones, y si algo en este país es difícil de levantar en tiempo de vacas es precisamente a los grillos: siempre damos tregua a lo que sea en estos periodos.

Pudimos ponemos de acuerdo rápidamente en repudiar las reformas (entre gitanos no nos leemos la mano); ya sólo teníamos que acordar una segunda asamblea para fijar y discutir el plan de acción. A la segunda asamblea de los grillos universitarios el ocho de octubre caímos más de setecientos. Imagínate el hervidero: si Carpizo hubiera querido nos detiene a todos y santo remedio, se hubiera quitado de tanta chingadera.

— ¿Quién se encarga de ir a la Prepa Uno?

---

<sup>1</sup> Pasante de Sociología. Representante de Ciencias Políticas ante el CEU.

— Ciencias Políticas...

— ¿A la Dos?

— Cecehacheoriente.

— ¿A la Tres?

— ...

— ¿Nadie?

— ¡Órale, no sean cabrones! Tenemos que ir aunque esté lejos.

— ¿A la Cuatro?

— Ciencias.

— ¿A la Cinco?

— ...¡Políticas! — dijo el Valeriano, quesque porque estaba cerquita. Todo mundo volteó y ni modo de rajarse...

— ¿A la Seis?

— Filosofía.

— ¿A la Siete?

— Cecehacheoriente.

— ¿La Ocho?

— Ciencias.

— ¿La nueve?

— Economía — dijo una vocecita...

Te digo que ya teníamos todo brillando, casi todo. Realmente no sabíamos bien a bien hasta dónde llegaríamos. Lo que sí sabíamos era que le echaríamos todos los kilos. No podíamos dejar pasar así nomás la primera experiencia de acción colectiva de todos estos grupúsculos. Se respiraba un ambiente de unidad, de algún modo.

## II. *Preferiría haber ido a Derecho... Crónica número cinco*

Como te digo y sin hacer tanto irigote, íbamos ya en el camión de la Facultad que solicitamos, oficio de por medio, diciendo que lo requeríamos para hacer "un trabajo académico". Al camión le faltaba el vidrio de una ventana que ocupaba casi la mitad del lado izquierdo; por ahí se cuela un frío encabronado. No sé si realmente hacía afuera todo el frío que sentíamos adentro. El viaje que estábamos haciendo rumbo a la Prepa Cinco, ese veinte de octubre, se volvía cada vez más pesado, y es que para casi todos nosotros .la Cinco representaba el bastión más importante de los porros y pensábamos: "Prepa Cinco = Porros = madriza", así de sencillo.

De repente, dijo Valeriano: "Preferiría haber ido a Derecho. Cuando menos ahí estaríamos en casa y podríamos correr con los compas de Economía en caso de que hubiera chingadazos". Estallamos una carcajada para aligerarnos la tensión más que por el chiste del Vale, ése que hacía las bromas más pesadas que sus casi cien kilos.

— ¡Ay, cabrón! Si tú tuviste la culpa de que nos tocara esta pinche prepa— le dijimos.

— No, si yo nada más dije que porque estaba cerquita.

— Pues nomás por eso ya nos embarcaste, güey...

Volvimos a reír de nervios, cuando el camión paró en la gasolinera de Calzada de Tlalpan: ya estábamos a unas calles de la madriza.

Ninguno de los veinte que íbamos teníamos clara idea de lo que les diríamos a esos preparatorianos que hacía un chingo de tiempo no veíamos; cuando menos yo no. Entonces empezamos a hacer planes, no para ver qué les decíamos, sino para ver si teníamos que salir en chinga.

— Dejamos al Chof con el camión encendido y nos clavamos hasta por la ventana; el que se quede ya se chingó porque seguro nos roquean.

— Un fonazo a la Fac y que vengan a rescatarnos.

— Mejor a la Cruz Roja o a los bomberos.

— Ya llegamos — dijo alguien. Contra nuestra voluntad, tuvimos que bajar de uno en uno.

Desde que llegó el camioncito nadie nos quitó la vista de encima, sólo el vigilante que revisaba las credenciales "para-que-no-se-metiera-gente-extraña-a-la-escuela" no nos vio o, más bien, se hizo el occiso. Ya dentro el Neto, Carlos y yo nos poníamos de acuerdo. íbamos caminando, observando los rostros diecisieteañeros, cuando de pronto se nos abre una explanada chingonísima para aventarnos el mitin.

Y pues sí; ahí estaba la explanada, un asta, unas jardineras que les dicen "Las tumbas", una alberca, tres pisos de salones y un bolón de lagartijas asoleándose. Pa pronto nos subimos al primer piso donde el Carlitos me dice:

— Órale Juanito, empiézate a juntar a la raza; yo te sigo.

"Mira nada más qué cabrón" pensé. Tuve que recordarme en segundos cómo nos tupíamos a la raza de Políticas con nuestros rollotes allá durante nuestra militancia en el CESOC (no, no es prehistoria), y cómo entre el Bala, Carlos, otros tres o cuatro compitas y yo cerramos más de una vez la Facultad (mira nomás que chingones éramos) por la libertad de Hugo Mayoral y nuestros demás carnalitos de la COCEI, o cuando hicimos la lucha en contra de las modificaciones al estatuto general de la UNAM que intentó imponer el soberonato, o cuando la campaña de "una bala contra Somoza" que se trataba de que cada automovilista o transeúnte se cayera con un dólar (de los de a doce cincuenta) que era lo que costaba una bala (ni me preguntes quién nos dio ese dato, alguien lo inventó) y nos lanzábamos gritando como locos "Una bala contra Somoza" en el cruce de Copilco y Universidad entre los coches, "¡Una bala contra Somoza!" para que la gente le atorara con sus doce cincuenta y así poder comprar parque para los sandinistas. Y, en fin, al ir recordando todo esto se me aclaró un poco más el panorama para iniciar nuestro primer mitin de información sobre el Plan Carpizo. Entonces decidí gritarles —sin sonido como antaño— a todas esas lagartijas que se estaban asoleando:

— ¡Compañeros de la Preparatoria número Cinco! Somos una comisión de estudiantes de la Facultad de Ciencias Políticas y venimos a darles una información... — Con esa primera frase, que volvería a repetirse no sé cuantas veces, cambiando nomás el número de la escuela, iniciamos una historia de tensiones, malpasadas, desveladas, sorpresas chingonas, argumentos y en fin, de todo lo que encierra una grilla de este tamaño.

Y viene la primera sorpresa: los chavos comienzan a chiflar como locos y a juntarse. Yo dije: ya nos sacaron a patadas esos cabrones. Nos paralizamos del pánico, pero rápido nos dimos cuenta de que no chiflaban para sacarnos sino para escucharnos. Como quien dice, el estilo de ellos para unirse era chiflando. Ya era evidente que no era una rechifla, sino el anuncio de que había consenso para escucharnos. En cosa de dos minutos se juntaron como mil compas y seguían llegando: aquellas lagartijas sufrieron una metamorfosis hasta convertirse en varitas de trigo que se mecían con el viento. El espectáculo realmente conmovía; se nos enchinó el cuero y lo que hace unos minutos teníamos trabado en la garganta se convirtió en un nudo. El Neto volteó hacia mí para cerrarme un ojo, como diciendo "ya chingamos". De pronto un cherife me agarró del brazo y me dijo:

— Acompáñeme a la dirección, joven.

— Sí, cómo no, pendejo; corriendo (pensé).

De inmediato, el Neto, Valeriano y no sé quiénes más se le pegaron al cherife amenazando con tirarlo por las escaleras y en una obra filigranesca de grilla me dirijo a los ya casi dos mil compas que habían checado toda la acción y les pregunto:

— ¡Compañeros! ¿Quieren que les demos la información que traemos?

— ¡Síiiiiii! — contestaron, rotunda, hermosa y sonoramente.

Yo volteé a ver al cherife y con una mueca de "nimodomanito" lo invitamos a que desistiera de su idea de llevamos ante el director.

Esta actitud marcó una pauta importantísima y cotidiana para el movimiento: los preparatorianos, junto con nosotros, nos dimos cuenta de lo chingón que se siente faltarle al respeto a la autoridad, sobre todo tratándose de los prefectos que no son más que los resabios de aquellos cuerpos de vigilancia que pululaban por CU en tiempos de Chávez y a los que el movimiento eliminó en 1966. Claro, éstos eran extremos, pero también éstos tratan a los compas como si fueran niños. Si algo tiene hoy el movimiento estudiantil en las prepas es irreverencia ante la autoridad en cobro a los tantos años de control.

A partir de aquí ya podíamos decir lo que quisiéramos; no bastaba con decir la verdad, había que decírsela a quien pudiera hacer algo con ella, como dijera mi buen Bertold Brecht. Ya había como dos mil quinientos cabrones escuchándonos; era el turno de Carlitos y sentíamos cómo estaban entendiendo perfectamente todo el rollo. "No son pendejos", comentamos, volteando a los pasillos del primer piso atestados de chavos y chavas que se nos quedaban viendo como diciendo: ¿Y estos cabrones de dónde salieron? Si se juntó tanta raza yo creo que fue por dos

cosas: una porque nunca en su vida habían estado en un mitin de esta naturaleza (no todos, ¿verdad?), y dos que lo que decíamos tenía que ver con su vida estudiantil.

— ¿Sabes qué? No se juntaron por nuestra linda cara, sino porque lo que oían los motivaba a estar allí — le dije a alguien después.

Terminamos el mitin prometiendo que volveríamos al día siguiente, cuando de pronto se nos presenta la enésima sorpresa: todo ese titipuchal de cabrones en la total espontaneidad se avientan la "goya" más linda y fuertota que he escuchado en mi vida, y ándale pendejo que por poco te pones a chillar. De volada se nos acercaron compas para decimos que qué íbamos a necesitar para mañana. Les dijimos que aparte de una extensión para el sonido que ahora sí llevaríamos, necesitábamos que se juntaran para organizar la distribución de tareas y así poder llevar a los grupos la discusión sobre las medidas carpizianas.

— Pues papas.

Nos subimos al camión hechos unos pendejos por lo que nos había pasado.

— Jamás había hablado ante tanta raza...

Estábamos felices. Pa pronto nos pusimos de acuerdo para el retache y nos lanzamos en chinga a Ciencias para contarle al Imanol, a Mireya y a los demás de lo que nos había pasado. Ellos nos participaron del éxito rotundo que tuvieron en la Seis, de cómo el Toño agitó a las masas en la Ocho y, en fin, veíamos que la íbamos haciendo.

### III. *Nunca hubiera dicho eso*

Ya sabes: otra vez el camión sin ventana, menos frío, más seguridad, más platicadores, un sonidito, la explanada, el asta, las tumbas, el primer piso, las lagartijas... No, perdón, las varitas de trigo al sol, el "Órale Juanito empieza, yo te sigo" de Carlos, cuando nos cae el director de la prepa en persona.

— Buenos días, muchachos, ¿qué los trae por aquí?

— Pos nada, nomás dándoles un poco de información a los compañeros — le dijimos.

— Muy bien; hemos organizado precisamente un acto de información para los estudiantes en el auditorio principal donde estarán altos funcionarios de la rectoría como el director de Orientación Vocacional, Jorge del Valle y otros. Los invito a que vayan para que expongan sus puntos de vista sobre las reformas del rector.

Nunca hubiera dicho eso... Con el consenso de los compas que se empezaban a juntar le pedimos que en lugar de hacer el debate en el Auditorio lo hiciéramos ahí en la explanada, pues toda esa gente no cabría allá. Él aceptó.

Nunca hubiera aceptado...

Empezamos el mitin pensando que puritita madre que vendrían a debatir con nosotros, pero no fue así: por ahí venían los "altos funcionarios" de la Rectoría encabezados por el director del plantel. Aprovechamos para agitar a los compas.

— Aquí vienen ya las autoridades de la Universidad a explicar lo inexplicable: convencernos cómo es que quieren subir los precios de la educación... A ver cómo nos argumentan y convencen de aceptar la anulación del pase automático — les decíamos.

De entrada estaban perdidos: venían de traje y nosotros no, para que veas lo que significa la imagen. Los chavos contra los rucos: la raza se identificaba de volada con nosotros.

El debate se lo aventó el Carlos y he de decirte que no fue madriza la que les metió. El argumento más sólido de las autoridades lo expuso Jorge del Valle y era que los maestros no enseñaban y que los estudiantes no estudiaban, que por eso eran las reformas. Las rechiflas bullían al término de estas intervenciones. En uno de los momentos más fuertes del debate, el punto de las cuotas, alguien le gritó al del Valle que el salario mínimo ya no alcanza para nada, a lo cual mi querido George contestó con la mayor descompostura: "Sí, ¿y qué?"

Imagínate cómo puso esto a la raza; claro que se hizo acreedor a chiflidos y mentadas como no tienes idea, pero, lo más importante, el Rector y sus reformas a través de ese grupo de altos funcionarios y notables lograron el mayor descrédito que haya tenido propuesta alguna cuando menos ahí, en Prepa Cinco. De alguna manera esta madriza, que se repetiría en otras prepas, sería el antecedente de lo que serían los diálogos entre el CEU y Rectoría, pero eso fue mucho después. Terminado el acto de balconeo de las reformas y sus teóricos, la siguiente etapa para las prepas era la organización: había que cristalizar la derrota de las autoridades cuajando una organización fuerte, si bien incipiente. Pero no nos quedamos ahí: llamamos a la primera movilización contra el Plan Carpizo, que sería el lunes 27. Les dijimos:

— Compañeros, ¡¿Cómo le hacen para irse a los partidos de futbol americano?!

— ¡Especialeeees!

— ¡¡¡¿Cómo se van a ir al mitin de repudio a las reformas de Carpizo allá en el Auditorio Che Guevara de Filosofía?!!!

— ¡¡¡Especiaaaales!!! — respondió la raza

— ¡Qué remedio! — dije yo.

#### *IV. La cosa se ponía interesante*

Ya en el tercer mitin empezaron a hablar las compitas de la Cinco. Sí, puras viejas; cosa bastante significativa pues luego nos daríamos cuenta que el liderazgo de las prepas iba a recaer casi sobre puras chavas (y no es albur). La cosa se ponía interesante.

En la tercera visita a la prepa ya tenían veintiséis representantes de grupo. La raza tenía por primera vez una participación directa; se conformaba una organización estudiantil fuerte en las prepas a partir de dos demandas centrales: no al alza de cuotas y no a las restricciones al pase automático.

Claro que les habíamos dicho cómo el Consejo Universitario había aprobado antidemocráticamente e ilegalmente las reformas, cómo sólo cinco o seis consejeros estudiantiles habían impugnado el procedimiento, pero les llamaba más la atención que no les quitaran el pase automático y les elevaran las cuotas.

Nos retiramos ese día de la prepa dejando sinchados a los compas de que irían al mitin del 27. Por cierto que acordaron finalmente no irse en "especiales", sino en marcha, pues argumentaban que si se iban en especiales los podría apañar la tira. Nos pareció la iniciativa más fregona del mundo; la decisión marcaría la norma de cautela que mantendría el movimiento en todo su desarrollo. Claro que cautela no significaba tibieza; decíamos: tenemos la fuerza de la razón. Pero ¿irían de veras al mitin?

#### V. *Una cenita*

Empiezan los vaticinios, las apuestas, los cálculos:

— Qué, ¿cuánto a que llenamos el Che?

— No, cabrón: si juntamos cinco mil compas ya chingamos.

— ¿Una cenita?

— Ora, pues.

El acto del 27 tenía que ser impactante como toda inauguración: abarrotar el Che era la consigna.

— ¿Y si no cabemos?

— Pos entonces le hacemos un mitinzote al Carpizo enfrente de la Rectoría. ¡Imagínate, carnal!

Quién sabe cómo iba a salir ese acto; teníamos apenas cinco días asistiendo a las prepas y en el casco de Ciudad Universitaria no había clases. Apenas ese 27 de octubre reingresaban los estudiantes de las facultades, lo que significaba que teníamos media mañana para iniciar el activismo en nuestras escuelas.

Llegó el 27; todo mundo a sus escuelas: el llamado estaba hecho.

Los mítines se sucedieron en las facultades; el acto central sería a las 12 horas en el Che de Filosofía.

A las 11 y media más o menos el contingente de Políticas iba saliendo rumbo al Che. 'Pasamos por Ciencias (que todavía no entraba a clases) y la encontramos media muerta.

Luego nos dimos una vuelta por el anexo de Ingeniería, donde intentamos armar un mitin pero nos chiflaron re gacho y mejor seguimos nuestro camino "para-no-caer-en-provocaciones". O sea que le sacamos aunque éramos como mil y a íbamos por las "islas" cuando nos vamos dando cuenta que el sonido de Ciencias lo habían sacado a la Explanada de Rectoría; ya no cupo la gente en el Che.

## Renato González Mello<sup>2</sup>

¡Válgame Ortega y Gasset! A estas alturas del siglo, todavía hay quien se asusta de "la rebelión de las masas". Si ya Tito Livio advertía sobre la insolencia de la plebe reunida en asamblea, ¿por qué causó tal escándalo nuestra indisciplina en el auditorio Justo Sierra?

Los timoratos nos asustamos la primera vez que los estudiantes aplaudieron las palabras de Imanol Ordorika. Mario Ruiz Massieu protestó airadamente.

— ¿Y cómo evitaremos — le respondió Carlos Ímaz— que la gente que nos escucha en la calle por el radio también nos aplauda?

— ¡Papazote! — gritó una adúlona jovencita desde atrás.

Más aplausos. Cada flor de retórica que lanzaban nuestros representantes era celebrada. Envalentonados por nuestro número, hasta los más miedosos acabamos por atrevernos a aplaudir. Eso era todo. En realidad, las hostilidades comenzaron debido a dos intervenciones poco afortunadas, una de Marcos Kaplan y otra de Gastón García Cantú. El primero reprochó a los del CEU su intransigencia y fue abucheado.

La sesión en la que intervino García Cantú fue curiosa: se habló de los exámenes departamentales, y aunque los de Rectoría parecieron estar de acuerdo en su inconveniencia, no osaron admitirlo. Si bien la acusación de intransigencia no era del todo falsa, hay que hacer notar que los funcionarios hicieron un papel poco digno al defender una medida con la que evidentemente no estaban de acuerdo. Así las cosas, García Cantú se salió del tema, provocó al auditorio y afirmó que los líderes estudiantiles más radicales de los años sesenta se habían vendido al Estado. Esto causó gran indignación en el público y una respuesta ingeniosa por parte de Carlos Ímaz, quien usó argumentos del propio García Cantú para refutarlo.

Vino entonces la gota que colmó el vaso, la única defensa de los exámenes departamentales, a cargo de Mario Ruiz Massieu. Para apoyarse, dibujó al auditorio la panacea que es esa forma de calificar en la Facultad de Veterinaria. Los alumnos no son examinados por el profesor que les dio clase. Los exámenes son en sábado, y quienes los toman no se enteran de dónde y quién se los aplicará hasta el momento mismo en que se realizan. Se pegan cartelones con listas de estudiantes en los que se asigna salón y sinodal. Es requisito indispensable presentar la credencial. (Temblé al escuchar esto, pues yo jamás resello la mía.)

Así, se configuró una situación en la que era imposible el acuerdo. Los estudiantes intentaban convencer lo mejor posible sobre lo pernicioso de los reglamentos aprobados y Rectoría no estaba dispuesta a ceder en el principio de autoridad aunque concordara con los argumentos del CEU. Por este camino, llegó un momento en el que los funcionarios evadían los problemas o se amparaban mencionando el nombre sagrado del Rector. A su vez, los oradores del estudiantado se dieron a labrar frases que pudieran imprimirse en bronce para la historia. Cuando llegó a haber

<sup>2</sup> Estudiante de Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

argumentación, se mostró simplemente la pobreza intelectual que produjo la "reforma universitaria".

— Que los estudiantes estudien, los profesores enseñen y los investigadores investiguen — decía machaconamente José Narro.

— Que los funcionarios funcionen — respondía malignamente la nada inocente Andrea González. Y hasta se podría añadir: que los pájaros pajareen, las flores florezcan y los estacionamientos se estacionen. La neta, la neta. Raúl Carrancá y Rivas, interrogado sobre el proyecto de universidad que tenían en mente las autoridades, respondió:

— Hombre, yo quisiera que el arquitecto Velasco — se refería al director de la Facultad de Arquitectura— nos dijera qué hace cuando proyecta una casa, un edificio. Yo creo que no tiene nada concreto en mente, sino algunas ideas generales, vagas...

Terminó esta primera fase con una proposición de diez puntos que hizo la autoridad, seguida de una feroz rechifla. Cedían un poquito en el reglamento del pase automático, y de hecho derogaban el de pagos. Mantenían los exámenes departamentales, la medida menos defendida.

— ¡Huelga, chingaron a su madre! — dijo un chavo a mi lado cuando escuchó que las decisiones tomadas por el "foro universitario" que proponía el Rector deberían ser discutidas por el Consejo Universitario antes de aprobarse.

— Ahora podemos pedir más, ¡tenemos que pedir más!— les decía a sus compañeros una representante de la Preparatoria Cinco llamada Maravilla. Ambas reacciones ilustran bastante bien los motivos que condujeron, efectivamente, a la huelga. Aun los que pensábamos que la oferta del Rector no era del todo despreciable, nos dábamos cuenta de que era imposible defenderla. ¿Quién se va a parar a defender en una asamblea estudiantil al Consejo Universitario? Además de vergonzoso, sería imposible. Además, al conceder un punto menos en la calificación mínima para pasar a la licenciatura, el límite mismo se hizo insostenible. Se trataba de un asunto académico, no de una negociación salarial. "Penoso regateo" dijo Adolfo Sánchez Vázquez de esta actitud. Me recordó bastante la respuesta del Rector, un año antes, cuando varios representantes estudiantiles de la Facultad de Filosofía le solicitaron más profesores de carrera.

— Miren, el Rector es como un padre de familia que tiene varios hijos y un puñado de canicas. Como a todos les tiene que tocar, no le puede dar a uno más canicas que a otro, tiene que ser equitativo y asignarle las mismas a cada quien. Aunque les toquen pocas canicas, canicas canicas pocas canicas, canicas, canicas canicas...

Lo único que se podía hacer en ese momento, dadas las limitaciones de una y otra parte, era proponer dentro del CEU una solución de compromiso: que se rechazaran los diez puntos, pero se elaborara una contrapropuesta que significara, en los hechos, la derogación. La rectoría podría responder con una nueva contrapropuesta, los estudiantes con otra, y así hasta acordar algo aceptable para ambas partes. Era una forma de evitar el estancamiento de la discusión debido al

exceso retórico de una parte y a la falta de proposiciones de la otra. Se trataba, pensábamos ingenuamente, de dar una oportunidad al Rector de darnos la razón sin perder el decoro (pocos días después, el abarrotero de la esquina me abrió los ojos: "Ha hecho tanto escándalo con esos reglamentos, que sólo puede quitarlos si renuncia al mismo tiempo"). Costó mucho trabajo que las asambleas de las escuelas aceptaran la posibilidad de una contrapropuesta: las cosas fueron tormentosas, la ultraizquierda estaba por no continuar el diálogo, pues ya se había demostrado el carácter maligno de las autoridades y no hacía falta más. Finalmente, los funcionarios prestaron poca atención al documento que se aprobó. Querían un desquite de las humillaciones sufridas los días anteriores, y lo tuvieron en la siguiente sesión.

El 16 de enero me di un regaderazo largo al despertar y encendí el radio mientras desayunaba. La transmisión desde Ciudad Universitaria comenzó cuando me tomaba el café. Como siempre, se escuchaba un gran escándalo. Un locutor volvió a leer la oferta de Rectoría. Los micrófonos, según su expresión, se pasaron a la mesa de debate. Carlos Ímaz pidió que el diálogo se hiciera en un lugar más grande, la Sala Nezahualcóyotl o la explanada de Rectoría. Narro se negó. Carlos insistió. Parecía una idea divertida. Mientras me los imaginaba a todos con túnicas romanas, se me ocurrió que también podría hacerse en el estadio. Carlos insistía una y otra vez en lo de cambiar las pláticas a un lugar más grande. Se le respondió que ya habían instalado altavoces en el estacionamiento del auditorio, para que nadie se perdiera una palabra. Tomó la palabra Antonio Santos y dijo que se había montado una provocación, que debido a la gran cantidad de gente ya había lastimados, y acusó a Carlos Barros Horcasitas de haber llenado el auditorio de porros mercenarios temprano en la mañana. Barros negó la acusación. Imanol intentó hablar, pero fue interrumpido por una gritería. Se escuchó una voz: "¡Fósil!" El radio dejó de sintonizar, la transmisión estaba siendo sabotada. Ignorando los consejos de mi familia, y aunque en realidad yo no tenía nada que hacer allá, me precipité a la Universidad. En el camino traté de captar de nuevo Radio UNAM, pero era difícil, las voces eran opacadas por una canción ranchera. Narro decía con tono triunfante:

— Les reiteramos nuestra proposición de continuar las pláticas aquí y ahora. ¡Ustedes no pueden tener siempre la razón!

Los representantes del CEU convocaron una manifestación de apoyo. Cuando llegué al auditorio ya había una multitud reunida en el exterior. Me abrí paso a empujones hasta el pie del escenario. Había pancartas en las paredes manifestando repudio a la huelga. Los partidarios del rector, agrupados en una falange llamada "Voz Universitaria", levantaban sus manos y hacían una "V" con los dedos. Despojados de uno de nuestros símbolos más caros, los disidentes nos veíamos reducidos a levantar papeles con las siglas de la organización. Había en ese momento un receso.

— Qué buena onda que vino tanta gente. Qué bueno — le decía un chavo a su novia. Pensé en insultarlo, pero se veía muy fortachón. Mireya de Ciencias, desde el escenario, procuraba calmar a los del CEU. Al poco rato, protegidos por una cadena humana, los representantes estudiantiles caminaron de nuevo hasta la mesa. Tras ellos venían Monsiváis y López Austin con la cara muy

tensa. Óscar Moreno leyó la contrapropuesta. Los de Rectoría pidieron un nuevo, desesperante receso, en el que el ambiente se caldeó mucho. A continuación habló Mario Ruiz Massieu. Un chavo salió del auditorio con la cara muy colorada.

— ¡ No soporto a ese cuate, no quiero escucharlo!

Salí tras él. El diálogo se rompió poco tiempo después e inmediatamente se hizo una marcha. Alguien me dijo entonces que mi amigo Héctor Ongay, que antes acostumbraba definirse como "estalinista", estaba con los partidarios del Rector. Me separé de la manifestación para tomarme un refresco. Los de Voz tenían una reunión en el auditorio de la unidad de posgrado. Me crucé en la explanada con su tesorero, un chavo de Filosofía, y le grité señalándolo con el dedo:

— ¡Estuvo a punto de estallar la violencia, y hubiera sido su culpa!

Esa noche le hablé por teléfono a Cuauhtémoc. Me pidió que encendiera la televisión para que yo también viera lo que estaba a punto de ocurrir. Sin descolgar, tomé el control remoto y puse a Ochoa. Asombrado, presencié el fragmento que me había perdido. Los representantes del CEU se habían levantado de la mesa de debates por la inminencia de la provocación. "Los rostros de los funcionarios expresaban la impotencia contenida", dijo la locutora. En ese momento, José Narro, Mario Ruiz Massieu y Carlos Barros Horcasitas se pusieron de pie y dirigieron una "goya". Cuauhtémoc me decía algunas incoherencias. La voz de Narro retumbaba en la bocina, vengando el silencio que había tenido que guardar durante una semana. El secretario general de la Universidad lanzó una porra que fue seguida con entusiasmo por los estudiantes que se oponían a la huelga. "¡Goya, goya!" Estábamos muy asustados.

— En el futuro — me dijo Cuauhtémoc— cada quien tendrá derecho a quince minutos de fama.

— No mames.

— ¡Eso decía Warhol!

Colgué. En los días siguientes, la prensa exhortó a reanudar las pláticas. El diálogo tenía un valor mágico. Era el instrumento que lo resolvería todo, si ambas partes eran conciliadoras. Su ruptura parecía anunciar las mayores catástrofes. Si se volvía a entablar, había esperanza; si no, todo el pasado mostraba las posibilidades de solución violenta.

Tuve un sueño. Un hombre que se parecía un poco a mi padre y a una autoridad de mi Facultad, nos seguía a Federico y a mí por una escalera eléctrica que descendía sin parar. Al llegar al final, sacó una pequeña pistola y me disparó diciendo: "¡ Usted es una mierda, una mierda, una mierda!" Antes de caer, alcancé a ver cómo también mataba a Federico.

El diálogo continuó sin que nadie esperara un arreglo. Lo que lo definió fue ser público, no la presencia de un público beligerante. Se hizo así por la desconfianza en los líderes (no en esos líderes concretos, sino en el liderazgo). Había que constatar que no transarían, y para ello era indispensable encontrarse a unos metros de los acontecimientos. No era posible un entendimiento porque Rectoría buscaba una negociación semejante a las que mantienen con el sindicato, en tanto que los estudiantes iban a convencer. Dentro del CEU, hubo reticencias para aceptar el diálogo por parte de sectores radicales. Al final cedieron a condición de que no fuera entendido

como "negociación". Pensar de esa manera fue indicio de una cultura política derrotista y precaria, dentro de la cual es imposible entender los matices. Sin embargo, los que asistimos a todas las sesiones no hicimos esta reflexión sistemáticamente. Apoyábamos al bando estudiantil sin reservas, y necesitábamos encontrar argumentos para la lucha política.

A pesar de lo anterior, los últimos días fueron los estudiantes los que hicieron un esfuerzo de concertación. Las autoridades no estuvieron dispuestas a seguirlo, y decidieron especular con la posibilidad de la huelga. Todos los llamados, que ahora venían del otro lado de la mesa, para mandar al Consejo Universitario una proposición conjunta que pudiera satisfacer a ambas partes, fueron ignorados. Un asesor de la comisión de Rectoría me lo dijo:

— Querían la huelga, ¿no? Ji ji ji. Pues adelante, ji ji ji. A ver cómo les va, ji ji ji. Yo me voy a ir de vacaciones, ji ji ji.

En la última sesión sólo se habló sobre la huelga, cuya inminencia se reprocharon las dos partes. No había gente en los salones de clase, toda la Facultad de Filosofía se volcó al estacionamiento para escuchar lo que pasaba. Atardecía. Todos los rostros intercambiaban miradas de preocupación. Estábamos seguros de perder la huelga, y veíamos con impotencia la manera en que se precipitaban los acontecimientos. Si la máxima autoridad de la Universidad quería medir sus fuerzas de esa manera, nada podría evitarlo. Una muestra del extremo al que llegó esta situación, es que en la Facultad de Filosofía ninguna asamblea inmediatamente anterior a la huelga votara a favor o en contra de ella. Sí hubo asambleas, pero a nadie se le ocurrió pedir que se discutiera eso; incluso, fue poca la gente que notó la ausencia. ¿Para qué? Huelga habría, lo que se tenía que resolver era la organización para resolverla. El Rector había recogido el guante, y no nos quedó más remedio que seguir adelante con un plan de acción en el que no todos creíamos.

**Cristina Dovalí Calderón**<sup>3</sup>

*9 de febrero de 1987*

¡Aay! Si las monjas me vieran aquí trepada, jurarían ante Dios nunca haberme educado para esto.

El calor parece querer fundir la mezclilla de mis pantalones; estoy empapada en sudor y con la blusa pegada al cuerpo; cómo envidia al que va de mosca en la puerta, con la boca abierta para tragar el aire que lo asfixia y gritando:

"¡CEU! ¡CEU! ¡CEU!" De no ser por sus gritos, nadie por la calle sabría que en este camión vamos los estudiantes hacia Tlatelolco a la marcha tan anunciada. Nadie más quiere gritar ahora; podríamos cansarnos.

¿Qué vendrá pensando el chofer? Es un señor ya grande. No refleja nada en su cara; a decir

<sup>3</sup> Estudiante de Pedagogía, UNAM.

verdad, parece estar pensativo. ¿Estará orgulloso de nosotros? ¿Tendrá también de qué quejarse?.. Tal vez tenga miedo... yo tengo miedo también...; le daré las gracias antes de bajarme.

"¿Y estos camiones?" pregunté cuando llegué corriendo a las tres de la tarde a mi facultad (del trabajo me dejaron salir antes de tiempo). "Los tomamos", me contestaron. "¿Los qué"... Seguramente yo habría buscado a alguien para pedirle un permiso; qué coraje no haber llegado antes para tomar un camión como se toman los camiones para estas cosas.

Nadie aquí parece ser de Pedagogía. Vengo se puede decir que sola, la gente que he conocido en las guardias tampoco esta aquí.

Una chava canta una canción que ha repetido durante estos cuarenta minutos que llevamos de camino mientras ve por la ventana todo o..., más bien, nada: "Mas no, no, no, era la cuenta del refri y del televisor". Un muchacho dice una grosería tras otra, atrás de mí, y el tipo de mi derecha lee *La Jornada* con dificultad a mi parecer, un tic en la cata no lo deja, y yo... no sé que hago aquí sola pasando por un lado del Castillo de Chapultepec mientras me dirijo a Tlatelolco.

*10 de febrero de 1987*

Estoy aquí aburrida y casi congelada. Las manos, los pies y las orejas parecen estar a punto de romperse. Tengo un gafete de "CEU-VIGILANCIA" en el brazo izquierdo. Está hecho el silencio desde hace rato, sólo se oye el aire al pasar cortando ese silencio, no sólo con su rumor, sino con el filo helado que trae consigo. Son las seis y diez. La puerta que está sosteniendo mi espalda pertenece al edificio de Rectoría del lado de la explanada; esta puerta viste una mal hecha bandera roja y negra y un letrero que dice:

PUESTO DE VIGILANCIA

RECTORÍA-EXPLANADA

- a) Entregar a la mesa de vigilancia un reporte habiendo terminado el turno.
- b) Verificar en la mesa de vigilancia cualquier rumor, temor, especulación o frustración, y en caso de esto, mantener la calma y reportar cualquier incidente de inmediato.
- c) Mantén limpia la zona.
- b) Si eres del turno de 6 a 9 pm., encárgate por favor de prender la fogata y traer leña para los del turno de la noche.

ATT. EL CEU

Atentamente el CEU. El CEU pareciera ser una gran cosa con nombre, hecha por personas anónimas que hacen los letreros, las mantas, las comidas, la huelga, las marchas.

Parece no haber nadie en toda la Universidad más que los tres que estamos aquí; seguramente se fueron todos al Colegio de Ingenieros a oír desde afuera las propuestas de Carpizo y las discusiones del Consejo Universitario; sí, eso debe ser, porque pareciera que todos ya se cansaron

de esta huelga, pero la marcha de ayer, de Tlatelolco al Zócalo, demuestra lo contrario.

A las 4:40 pm por fin se logró acomodar a la facultad a lo largo de la plaza López Mateos, en Tlatelolco. Decidí ir a recorrer la enorme fila y pude leer algunas mantas; "*Del surco fértil que mi voz rotura, nacerá un día nuevo día si tú lo fecundas*. Facultad de Filosofía y Letras"; "*Lucho y aprendo para defender mis ideas y poder después vivirlas*. Pedagogía"; "*La escuela de teatro, PRESENTA: MARCHA en un acto*".

Parecía vestirse de fiesta un lugar de tragedias, los edificios semidestruidos parecían haberse desvestido para nuestra propia seguridad. "No puede haber ningún francotirador. ¿Ya viste?", decía alguien por ahí. Y los albañiles nos saludaban desde allá arriba en lugar de dispararnos. "Bienvenidos, CEU, a Tlatelolco", anunciaba una gran manta que colgaba de uno de los edificios.

A las cinco treinta, y después de una impaciente espera, salimos de aquella plaza, y entonces pudimos ver a los otros contingentes. Se oyeron "goyas", y las consignas que habíamos estado gritando ya; ahora eran más fuertes y más vivas. Observé el fo1klor de los compañeros de teatro y el ingenio en las cámaras cinematográficas hechas de cartón negro que llevaban los de artes plásticas; me reí con los chistes cantados por mis compañeros y caminé por las calles en medio de una multitud que a cada paso se doblaba en cantidad y calidad. No había histeria en nuestras caras, había alegría, habíamos salido a demostrar que éramos muchos y nos estábamos divirtiendo.

Vi al pasar a la gente que sin duda hace años esperaba ver que los jóvenes llenaran las calles; que gritaran algo; que sonrieran.

Se hicieron vallas de hombres a los lados del contingente; se confundían los gritos; se prohibían las pintas; se unía la gente.

Estaban ahí las costureras, los de la cervecería Moctezuma, la Casa del Lago, Campamento 2 de Octubre, los mariachis de Garibaldi, las amas de casa, los niños; todos apoyando al CEU, mientras yo vibraba por dentro y gritaba con más fuerza.

Dimos la vuelta corriendo al Zócalo; el cielo era ahora de un azul oscuro y la luna ya estaba ahí como espectadora.

Surgieron las antorchas, los discursos y las "goyas"; la multitud empezó a ser densa, los conocidos ahora ya no eran conocidos, ahora sí estaba sola; me levanté del suelo y empecé a caminar entre la gente sentada, buscando a alguien; había bolitas de gente por todos lados; el sonido empezó a fallar; llegué hasta las tarimas en donde estaban los oradores; un borracho se me acercó; vi las cámaras de televisión y a unos japoneses; me detuve frente a una patrulla de la policía municipal, no se veía nada hacia dentro del auto; pasaron dos motociclistas; se escucharon

cohetes; no pasa nada pero es tiempo de irse a casa.

Ya es casi imposible ver algo en la oscuridad de esta noche. A lo lejos se ven algunas luces, pero aquí no hay nada. Tengo en mi mano izquierda un papel mal cortado que acaban de traernos con las propuestas del rector Carpizo al Consejo Universitario, pero no lo puedo ver. Tengo en mi mano derecha un café cargado y con poca azúcar que pudimos conseguir, sería ingenuo pensar que podría calentarme con esto.

De pronto se ilumina el rostro moreno de un muchacho con bigote que había permanecido inmóvil un buen rato frente a mí; las chispas de su encendedor gastado lo dejan leer por pedazos en el papel y lo hace en voz alta haciéndonos realmente el favor de informarnos, y al final de la lectura se despide un casi cariñoso CEU.

Se acaban los chispazos de luz, pero él continúa hablando: "Creo que el CEU va a tener que tomar una decisión pronto". Y casi con tristeza pregunta: "¿Ustedes creen que se acabe la huelga con esto?" "Habría que estudiar estas propuestas", dice otro dándonos la espalda sentado a unos tres o cuatro metros de nosotros, y el primero continúa: "Si se termina la huelga por esto, no habrá servido para nada".

Una especie de vacío se revuelve dentro de mí. Prefiero no hablar. Se hace el silencio de nuevo. Volteo a ver la bandera esperando distinguir sus colores; los distingo; mis ojos se han acostumbrado gradualmente a la oscuridad. Creo que la huelga debe terminarse, después usaremos otras maneras para ganar esto que apenas empieza; la huelga ha dado lo que ha podido y a mí, en lo personal, más de lo que puedo imaginar; aprendí a hacer mociones en las asambleas y cómo se elige la mesa; me atreví a salir a la calle formando parte de un contingente y a gritar lo que pensaba; voté y defendí mis puntos de vista; se hizo mía la palabra compañero; conocí lo que es ser universitaria y que un estudiante no tiene como único papel en la vida estudiar; sí, creo que debe acabarse la huelga porque de lo contrario conoceremos lo verdaderamente rojo y negro de sus colores.

— Oigan, es hora de ir por la leña. ¿Quién se queda aquí?